

Escribas

Desde las tierras de Pakal

MARTHA ROBLES *Veleidad de los premios* DAVID MARTÍN DEL CAMPO
Ultramarina ALFONSO NAVER *Cuentos de Navidad* CUENTOS CON PILÓN

www.revistaescribas.com.mx



DESCUBRE PALENQUE

CON LA MEJOR ATENCIÓN, EL MEJOR SERVICIO
Y LA MEJOR UBICACIÓN



MERLE GREENE Y AV. JUÁREZ NO. 1
LA CAÑADA PALENQUE, CHIAPAS. CP. 29960
FRENTE A LA CABEZA MAYA

RESERVACIONES: 916-345-0780 Y 916-102-1532
reservacionhmp@gmail.com / mayapalenque@hotmail.com





CARLOS

MORELOS RODRÍGUEZ
DIPUTADO LOCAL DISTRITO IX



LXVIII LEGISLATURA
HONORABLE CONGRESO DEL ESTADO DE CHIAPAS



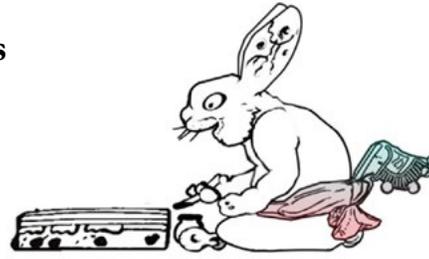
CARLOS MORELOS PRESENTE EN DIVERSOS EVENTOS COMO LEGISLADOR LOCAL

A invitación del legislador local Cuauhtémoc Manuel Hernández Gómez, Carlos Morelos Rodríguez, diputado por el IX Distrito Local de Chiapas, asistió a la presentación del libro "Laguna Verde" del escritor Carlos Silva Camacho, cuyo objetivo es el de fomentar la lectura en los jóvenes y contribuir con la difusión de temas ambientales. Al evento asistieron sus homólogos del congreso chiapaneco. De igual manera el legislador palencano acudió, en su calidad de presidente de la Comisión de Trabajo y Previsión Social de la LXVIII Legislatura del Congreso de Chiapas, al Tercer Aniversario del Centro de Conciliación Laboral del estado de Chiapas que tuvo lugar en el Auditorio de la Ciudad Universitaria de la UNICACH. En el evento estuvo presente

Carlos Alberto Salazar Estrada, secretario de Economía y del Trabajo. En Palenque, el diputado Morelos Rodríguez estuvo presente en la inauguración del puente en Santa Isabel el cual estuvo gestionando, como edil en su momento, en años anteriores y que concluyó el actual munícipe Jorge Cabrera. Esta obra es una muestra más del trabajo coordinado entre el diputado local y el presidente municipal de Palenque para beneficiar a varias comunidades de Palenque. De esta manera más personas disfrutarán de una mejor comunicación hacia sus comunidades. A fines del pasado mes de noviembre, Morelos Rodríguez visitó el ejido Revolución para llevar a cabo una reunión de trabajo para dialogar con las autoridades ejidales y Líderes de la zona sobre los proyectos a futuro de su comunidad. El legislador estuvo atento para escuchar sus propuestas y peticiones.



Ingresa a todos
nuestros
contenidos
en línea:



www.revistaescribas.com.mx

En portada:

Cascada en Topche centro ecoturístico
Lacanha Chansayab. Foto SV

 <https://web.facebook.com/RevistaEscribas>

<https://twitter.com/RevistaEscribas> 

2023

DICIEMBRE

Escribas

EDITOR

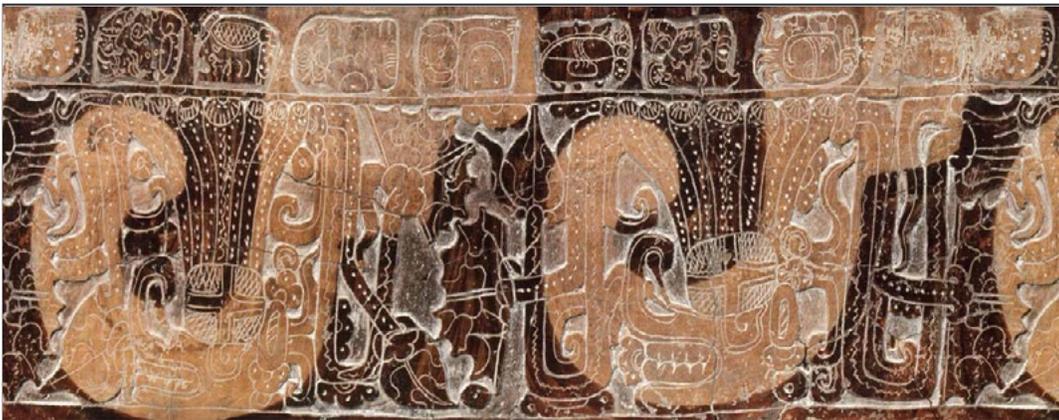
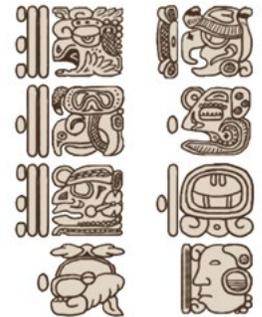
IGNACIO

VERÁSTEGUI ALFONSO

DIRECTOR

JUAN PABLO

VERÁSTEGUI GARCÍA



El monstruo del nenúfar se encuentra en el fondo de un estanque. Hojas de hierba crecen desde su cabeza hasta la superficie. El diseño en J esta cocido en arcilla.
Justin Kerr K0622 <http://research.mayavase.com/kerrmaya.html>

CONTENIDO

05 Veleidad de los premios
MARTHA ROBLES

13 Cuentos de Navidad
ALFONSO NAVER

29 CUENTOS CON PILÓN

08 Ultramarina
DAVID MARTÍN DEL CAMPO

CALENDARIO MAYA
Primero de diciembre 2023. Fecha de Cuenta Larga 13.0.11.1.17
13 baktún 13 X 144.000 días = 1.872.000 días 0 katún 0 X 7.200 días = 0 días 11 tun 11 X 360 días = 3.960 días 1 uinal 1 X 20 días = 20 días 17 k'in 17 X 1 día = 17 días
Fecha del Tzolk'in: 10 kab'an Fecha del Haab: 5 Mak Señor de la Noche: G1. Cualquier día en el calendario gregoriano se puede convertir en uno correspondiente al sistema de calendario maya. Un día, mes y año en particular se puede expresar en una fecha del calendario de Cuenta Larga usando las unidades de tiempo baktún, katún, tun, uinal y k'in junto con las fechas de los calendarios Haab y Tzolk'in. Para mayor información visite Smithsonian Museo Nacional del Indígena Americano en: <https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/convertidor-de-calendario-maya>

Las opiniones expresadas por los articulistas son independientes y no reflejan necesariamente el punto de vista de *Escribas*.

Escribas, Desde las tierras de Pakal, es una revista de publicación mensual. Diciembre 2023 No. 65 Versión digital disponible www.revistaescribas.com.mx, Editor responsable Ignacio Verástegui Alfonso. Marca con registro ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Registro en trámite ante el Instituto Nacional de Derecho de Autor. (ISSN) Domicilio: Nicolas Bravo No. 77 Centro Palenque, Chiapas C.P. 29960. Teléfono 9163480856. Ilustración superior basada en un detalle de la escena de *La vasija de Princeton* -EL conejo escriba- Mas información en: <http://artmuseum.princeton.edu/collections/objects/32221>



VELEIDAD DE LOS PREMIOS



MARTHA ROBLES

Nació en Guadalajara, Jalisco. Autora de ensayos, novelas, cuentos y prosas. Licenciada con Mención Honorífica en Sociología por la UNAM; Especializada en Desarrollo Social Urbano por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda; Maestra en Letras Hispánicas con Mención Honorífica y Medalla Gabino Barreda por la UNAM. Su página digital es: martharobles.com

Salvo excepciones honrosas como las del Goncourt, que cuenta con nombres como Simone de Beauvoir, Duhamel, Proust, Malraux, Julien Gracq, Pascal Quignard y muchos incuestionables por su calidad, sus aportes o sus ideas, hay que fijarse en los que reciben premios y distinciones literarios para conocer los estándares de quienes los otorgan y la temperatura de los tiempos. Obviamente hay de termómetros a termómetros.

El arte, la originalidad, el vanguardismo, el hallazgo, el pensamiento crítico y la significación de las obras han sido en mayoría desplazados por la comercialización impuesta por agresivas campañas de promoción discrecional de autores, títulos y contenidos calificados de “populares”. A los consorcios del libro solo importan el lucro y las ventas encabezadas por novelas, que deben ser “ligeras”, rápidas, efímeras y de preferencia escritas con mano de palo o, en su defecto, como de cursitos de redacción o producto de los ahora

apreciados “talleres”, para sacar de la manga a poetas, narradores y sabe Dios cuánta cosa carente de formación, de disciplina, talento y curiosidad intelectual. Ni siquiera se necesita estudiar gramática, sintaxis ni preceptiva; tampoco se requiere ser un verdadero lector: no vaya a ser que a los compradores de libros se les obligue a “entender” cualquier texto arriba del lugar común.

Así que, como recomiendan los bobos: “hay que bajar de nivel” para entretener con “libros entretenidos” porque todos, todos, todos tenemos una historia que contar, aunque solo unos cuantos sepan cómo hacerlo. Por extraño que parezca, se conserva el encabezado de literatura para aglutinar y lanzar al mercado la no/literatura.

El noble y necesario arte de las letras o de la palabra, que recrea reinventado nuestra humana condición

El noble y necesario arte de las letras o de la palabra, que recrea reinventado nuestra humana condición, ha sido inclementemente machucado y menospreciado por los monopolios y, con ellos, por los que escriben (que no escritores de raza), los que venden y por el batallón de consumidores/”lectores”.

La nueva y portentosa cofradía de súper ventas, por consiguiente, se ha constituido en eficaz instrumento para estandarizar al hombre o mujer/masa: igualar hacia abajo, para que nadie se salga de la tribu. Es odioso asociar al pasado con el prejuicio de “los mejores tiempos”. Ciertamente el arte, la cultura de calidad, el vanguardismo y cuanto se refiere al talento han sido pasión, tarea, nutriente y sustento de minorías. Es también minoritario el puntal de los grandes cambios que de modos distintos redundan en favor de los más que vienen atrás y, aunque con frecuencia a cuenta gotas, se benefician con sus aportes, mediante el ascenso de la cultura y la educación general. Pero esa es otra cuestión, porque cuando el prestigio de las que se tenían por mejores editoriales se apoyaba en el de sus autores y entre editor y escritor había reconocimiento y mutua protección.

Ganaban así las grandes obras y el ascenso cultural de las generaciones. La figura clásica del editor, a la manera de Roberto Calasso, Italo Calvino, Maxwell Perkins o del famoso argentino Manuel Gleizer, es otra de las especies en extinción. Hoy abundan empleados en megaempresas que lo mismo podrían vender sillas que elegir y contratar títulos y autores. La condición es una misma: cuanto más anodina, superficial y empeñada en anular “la dificultad





de pensar”, la medianía está más próxima a valorarse por popular y “éxito de ventas”. Y qué mejor medida del estado general de la educación y de las aspiraciones impuestas por la publicidad y el monetarismo que la dizque literatura espetada por todos los medios posibles, empezando por las redes sociales.

Luego, en los montones de títulos y autores de medio pelo con que nos reciben en librerías con la fajilla de “premiados”. Si se considera que desde el estallido emocional del romanticismo y aun desde antes y hasta la actualidad la novela ha sido un “fenómeno” de lectura esencialmente femenino, hay que pensar cómo repercute en el nivel general de la población.

Aunque nos invade un boom de escritoras, tradicionalmente la literatura la escribían los hombres

Aunque nos invade un boom de escritoras, tradicionalmente la literatura la escribían los hombres para ser leída por mayoría de mujeres típicamente clasemedieras y preferentemente de

mediana edad para adelante. Respecto de la cultura y del gusto “literario”, por consiguiente, podemos asegurar que, así como la mujer es el eje reproductor de la miseria, también lo es de la educación sentimental, intelectual y social de su entorno.

Esto viene a cuento porque la prensa, radio, tv y redes sociales en España arden en burlas, reproches y comentarios nada amables, a propósito del reciente y muy jugoso Premio Planeta (un millón de euros) otorgado a una animadora de la televisión, por su novela (o lo que sea) *La hija de la criada*. Si fueran piedras las opiniones contra Sonsoles Onega, ya la habrían lapidado. No es que haya una comunidad de escritores de verdad y defensores y amantes de la literatura, es que, como ya repiten, los de la popular Editorial Planeta se preocupan siquiera en cubrir las apariencias. Así están las cosas. No tiene por qué sorprendernos. Donde hay libertad, que cada quien elija lo que puede o lo que quiere, pues nada más lejos del espectáculo y sus vicisitudes que el mundo del verdadero escritor, del pensador, del artista. Para quien lo sepa, siempre estará Petrarca para recordarlo.





ULTRAMARINA



DAVID MARTÍN DEL CAMPO

Escritor y periodista mexicano; su vasta obra literaria ha sido reconocida con varios premios nacionales, entre ellos recibió el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero en 1986 por *Isla de lobos*.

SEVILLA.— En la ribera del Guadalquivir, paseando por el andador Juan Carlos I, hay un parque infantil. Columpios, balancines, carruseles y, al centro, una carabela de mentira. Luce velas, mástiles, timón de mando. Ahí juegan los chavales a ser piratas, quizá, pero seguramente a navegar hacia los confines. Sevilla, tierra de almirantes y viajeros que se animaron a “hacer la América” cuatro siglos atrás.

Sevilla y su contraparte, el barrio de Triana, en la otra ribera. Tablaos, terrazas para degustar finos, la Torre de Oro y la catedral donde reposan los restos de Cristóbal Colón. Hay que pagar doce euros para visitarla.

Un delicioso periplo por la península, aprovechando el “veranillo de San Martín”, nos ha permitido reencontrarnos con Madrid, Segovia, Lisboa, Sevilla. La política de cabeza, el presidente Pedro Sánchez rasguñando el puesto a todo precio, y la oposición conservadora apoderándose de la calle de Ferraz, donde se ubica



la sede del PSOE. Los diputados se gritan de todo, “golpistas”, “traidores”, “neonazis”, recordándonos que en el mundo la especie de los políticos nació para los denuestos y las fanfarronadas.

El sábado 18 de noviembre se reúnen cerca de 200 mil personas alrededor de la glorieta de Cibeles, donde el líder del Partido Popular, Alberto Núñez Feijóo, y el del partido Vox (de ultraderecha), Santiago Abascal, condenan el pacto del gobierno con los partidos catalanistas, ERC y Junts, a fin de otorgar a Carles Puigdemont (presidente prófugo de la Generalitat) el indulto luego de ser acusado y perseguido por el delito de sedición.

No hay que olvidar que en octubre de 2017 Puigdemont declaró la independencia de Cataluña como un “estado independiente y soberano”, aunque la proclama tuvo apenas vigencia por un minuto. Los votos de los diputados de esas organizaciones (ERC y

Junts) le permitirían al presidente Sánchez, finalmente, el derecho a la investidura legal, y no seguir siendo un presidente “de facto” no reconocido por la mayoría parlamentaria.

Así, aquel sábado por la tarde, uno sale del museo del Prado y se topa con cientos de manifestantes después del mitin revestidos con la bandera española, como capa o corbata, felices de haber defendido, a su modo, el imperio de la monarquía. Segovia por tren y la lluvia intermitente acompañando la excursión. Visita imperdonable es la de su formidable Alcázar,

“Como salido de un cuento de hadas, con sus torres y almenas desafiando el acantilado”

como salido de un cuento de hadas, con sus torres y almenas desafiando el acantilado que mira hacia la Sierra Nevada. No por nada el sitio



fue elegido para filmar ahí “El Cid Campeador”, película de 1961 protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Ahí dentro cientos de armaduras, un museo de la artillería, ballestas y pendones con cientos de años, y los fantasmas, desde luego, paseándose por sus pasillos.

En Lisboa nos recibe el Tajo con una noticia. Ha renunciado el primer ministro Antonio Costa por un asunto de corrupción, en algo que la prensa llama “operación influencer”. Su jefe de gabinete y otros cuatro altos mandos de su oficina han sido detenidos por “delitos de prevaricación y tráfico de influencias” respecto a la concesión de una mina de litio cercana a la frontera con España.

El primer ministro socialista, cuya familia es originaria de Goa (ex colonia portuguesa en India), era denominado como el “político Duracell” porque sus baterías duran y duran... hasta que ya no aquel 7 de noviembre.

Permanecerá en el puesto, con el beneplácito del presidente Marcelo Rebelo de Sousa, hasta las elecciones del 10 de marzo próximo. Vino verde, el precioso “tranvía 28” que

“Vino verde, el precioso “tranvía 28” que recorre Lisboa como un juguete de nostalgia”

recorre Lisboa como un juguete de nostalgia, y los muchos africanos que han engrosado la demografía portuguesa llegados de Mozambique, Angola y otras posesiones hasta el proceso independentista de los años cincuenta.

Luego Sevilla, el tablao, reconciliarnos con la vida al escuchar en el cadalso Flamenco de Triana al cantante Carmelo Castaña que grita y maúlla... “yo ya no era quien era, ni quien yo pudiera ser, soy un árbol de tristeza, pegaito a la pared”. ¡Y Ole!





HISTORIAS DE NAVIDAD



ALFONSO NAVER

Fundador del periódico "Antena" del Oriente de Michoacán, columnista en "Diario Amanecer" del Estado de México, cofundador de la revista "Vasos Comunicantes" en la Ciudad de México.

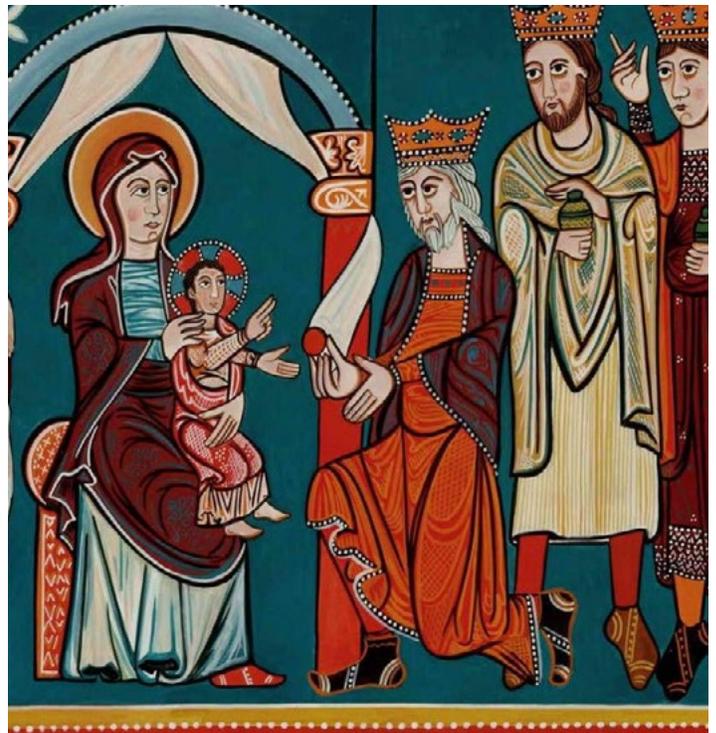
CUENTO DE NOCHEBUENA. **Rubén Darío** El hermano Longinos de Santa María era la perla del convento. Perla es decir poco, para el caso; era un estuche, una riqueza, un algo incomparable e incontrolable: lo mismo ayudaba al docto fray Benito en sus copias, distinguiéndose en ornar de mayúsculas los manuscritos, como en la cocina hacía exhalar suaves olores a la fritanga permitida después del tiempo de ayuno; así servía de sacristán, como cultivaba las legumbres del huerto; y en maitines o vísperas, su hermosa voz de sochantre resonaba armoniosamente bajo la techumbre de la capilla.

Mas su mayor mérito consistía en su maravilloso don musical; en sus manos, en sus ilustres manos de organista. Ninguno entre toda la comunidad conocía como él aquel sonoro instrumento del cual hacía brotar las notas como bandadas de aves melodiosas; ninguno como él acompañaba, como poseído por un celestial espíritu, las prosas y los himnos, y las voces sagradas del canto llano.

Su eminencia el cardenal —que había visitado el convento en un día inolvidable— había bendecido al hermano, primero, abrazándolo enseguida, y por último díchole una elogiosa frase latina, después de oírle tocar. Todo lo que en el hermano Longinos resaltaba, estaba iluminado por la más amable sencillez y por la más inocente alegría. Cuando estaba en alguna labor, tenía siempre un himno en los labios, como sus hermanos los pajaritos de Dios. Y cuando volvía, con su alforja llena de limosnas, taloneando a la borrica, sudoroso bajo el sol, en su cara se veía un tan dulce resplandor de jovialidad, que los campesinos salían a las puertas de sus casas, saludándole, llamándole hacia ellos: “¡Eh!, venid acá, hermano Longinos, y tomaréis un buen vaso...” Su cara la podéis ver en una tabla que se conserva en la abadía; bajo una frente noble dos ojos humildes y oscuros, la nariz un tantico levantada, en una ingenua expresión de picardía infantil, y en la boca entreabierta, la más bondadosa de las sonrisas.

Avino, pues, que un día de navidad, Longinos fuese a la próxima aldea...; pero ¿no os he dicho nada del convento? El cual estaba situado cerca de una aldea de labradores, no muy distante de una vasta floresta, en donde, antes de la fundación del monasterio, había cenáculos de hechiceros, reuniones de hadas, y de silfos, y otras tantas cosas que favorece el poder del Bajísimo, de quien Dios nos guarde.

Los vientos del cielo llevaban desde el santo edificio monacal, en la quietud de las noches o en los serenos crepúsculos, ecos misteriosos, grandes temblores sonoros..., era el órgano de Longinos que acompañando la voz de sus hermanos en Cristo, lanzaba sus clamores benditos. Fue, pues, en un día de navidad, y en la aldea, cuando el buen hermano se dio una palmada en la frente y exclamó, lleno de susto, impulsando a su caballería paciente y filosófica:

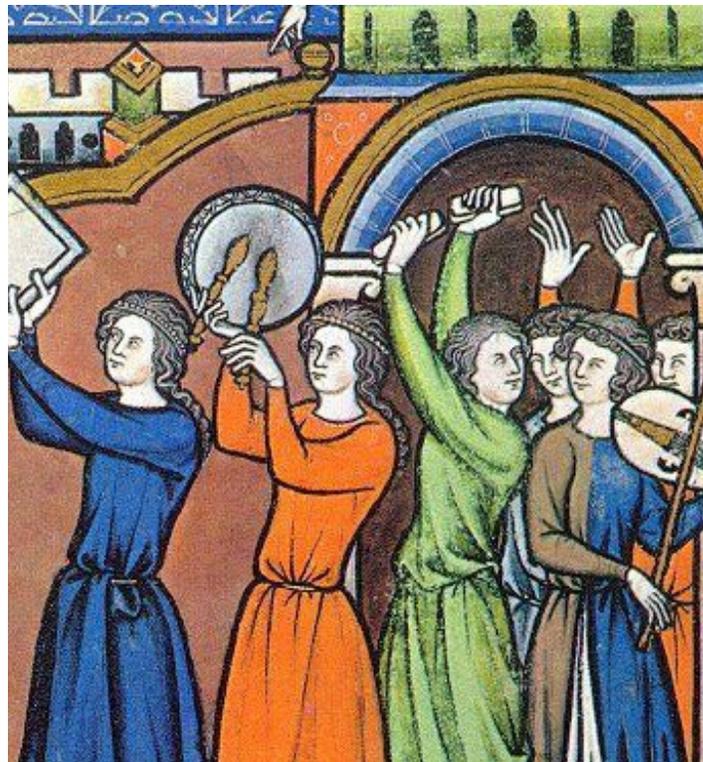


— ¡Desgraciado de mí! ¡Si mereceré triplicar los cilicios y ponerme por toda la vida a pan y agua! ¡Cómo estarán aguardándome en el monasterio!

Era ya entrada la noche, y el religioso, después de santiguarse, se encaminó por la vía de su convento. Las sombras invadieron la Tierra. No se veía ya el villorrio; y la montaña, negra en medio de la noche, se veía semejante a una titánica fortaleza en que habitasen gigantes y demonios.

Y fue el caso que Longinos, anda que te anda, pater y ave tras pater y ave, advirtió con sorpresa que la senda que seguía la pollina, no era la misma de siempre. Con lágrimas en los ojos alzó éstos al cielo, pidiéndole misericordia al Todopoderoso, cuando percibió en la oscuridad del firmamento una hermosa estrella, una hermosa estrella de color de oro, que caminaba junto con él, enviando a la tierra un delicado chorro de luz que servía de guía y de antorcha. Dióle gracias al Señor por aquella maravilla, y a poco trecho, como en otro tiempo la del profeta Balaam, su

cabalgadura se resistió a seguir adelante, y le dijo con clara voz de hombre mortal: ‘Considerate feliz, hermano Longinos, pues por tus virtudes has sido señalado para un premio portentoso.’ No bien había acabado de oír esto, cuando sintió un ruido, y una oleada de exquisitos aromas. Y vio venir por el mismo camino que él seguía, y guiados por la estrella que él acababa de admirar, a tres señores espléndidamente ataviados. Todos tres tenían porte e insignias reales. El delantero era rubio como el ángel Azrael; su cabellera larga se esparcía sobre sus hombros, bajo una mitra de oro constelada de piedras preciosas; su barba entretejida con perlas e hilos de oro resplandecía sobre su pecho; iba cubierto con un manto en donde estaban bordados, de riquísima manera, aves peregrinas y signos del zodiaco.



Era el rey Gaspar, caballero en un bello caballo blanco. El otro, de cabellera negra, ojos también negros y profundamente brillantes, rostro semejante a los que se ven en los bajos relieves asirios, ceñía su frente con una magnífica diadema, vestía vestidos de incalculable precio, era un tanto viejo, y hubiérase dicho de él, con sólo mirarle, ser el monarca de un país misterioso y opulento, del centro de la tierra de Asia. Era el rey Baltasar y llevaba un collar de gemas cabalístico que terminaba en un sol de fuegos de diamantes.

Iba sobre un camello caparazonado y adornado al modo de Oriente. El tercero era de rostro negro y miraba con singular aire de majestad; formábanle un resplandor los rubíes y esmeraldas de su turbante. Como el más soberbio príncipe de un cuento, iba en una labrada silla de marfil y oro sobre un elefante. Era el rey Melchor. Pasaron sus majestades y tras el elefante del rey Melchor, con un no usado trotecito, la borrica del hermano Longinos, quien, lleno de mística complacencia, desgranaba las cuentas de su largo rosario.

Y sucedió que —tal como en los días del cruel Herodes— los tres coronados magos, guiados por la estrella divina, llegaron a un pesebre, en donde, como lo pintan los pintores, estaba la reina María, el santo señor José y el Dios recién nacido. Y cerca, la mula y el buey, que entibian con el calor sano de su aliento el aire frío de la noche. Baltasar, postrado, descorrió junto al niño un saco de perlas y de piedras preciosas y de polvo de oro; Gaspar en jarras doradas ofreció los más raros ungüentos; Melchor hizo su ofrenda de incienso, de marfiles y de diamantes...

Entonces, desde el fondo de su corazón, Longinos, el buen hermano Longinos, dijo al niño que sonreía: —Señor, yo soy un pobre siervo tuyo que en su convento te sirve como puede. ¿Qué te voy a ofrecer yo, triste de mí? ¿Qué riquezas tengo, qué perfumes, qué perlas y qué diamantes? Toma, señor, mis lágrimas y mis oraciones, que es todo lo que puedo ofrendarte.

Y he aquí que los reyes de Oriente vieron brotar de los labios de Longinos las rosas de sus oraciones, cuyo olor superaba a todos los ungüentos y resinas; y caer de sus ojos copiosísimas lágrimas que se convertían en los más radiosos diamantes por obra de la superior magia del amor y de la fe; todo esto en tanto que se oía el eco de un coro de pastores en la tierra y la melodía de un coro de ángeles sobre el techo del pesebre.

Entre tanto, en el convento había la mayor desolación. Era llegada la hora del oficio. La nave de la capilla estaba iluminada por las llamas de los cirios. El abad estaba en su sitial, afligido, con su capa de ceremonia. Los frailes, la comunidad entera, se miraban con sorprendida tristeza. ¿Qué desgracia habrá acontecido al buen hermano?

¿Por qué no ha vuelto de la aldea? Y es ya la hora del oficio, y todos están en su puesto, menos quien es gloria de su monasterio, el sencillo y sublime organista... ¿Quién se atreve a ocupar su lugar? Nadie. Ninguno sabe los secretos del teclado, ninguno tiene el don armonioso de Longinos. Y como ordena el prior que se proceda a la ceremonia, sin música, todos empiezan el canto dirigiéndose a Dios llenos de una vaga tristeza... De repente, en los momentos del himno, en que el órgano debía resonar... resonó, resonó como nunca; sus bajos eran sagrados truenos; sus trompetas, excelsas voces; sus tubos todos estaban como animados

por una vida incomprensible y celestial. Los monjes cantaron, cantaron, llenos del fuego del milagro; y aquella Noche Buena, los campesinos oyeron que el viento llevaba desconocidas armonías del órgano conventual, de aquel órgano que parecía tocado por manos angélicas como las delicadas y puras de la gloriosa Cecilia...

El hermano Longinos de Santa María entregó su alma a Dios poco tiempo después; murió en olor de santidad. Su cuerpo se conserva aún incorrupto, enterrado bajo el coro de la capilla, en una tumba especial, labrada en mármol.

LOS TRES REYES MAGOS

—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso. Vengo a decir: La vida es pura y bella. Existe Dios. El amor es inmenso. ¡Todo lo sé por la divina Estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo. Existe Dios. Él es la luz del día. ¡La blanca flor tiene sus pies en lodo y en el placer hay la melancolía!

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro que existe Dios. Él es el grande y fuerte. Todo lo sé por el lucero puro que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos. Triunfa el amor, ya su fiesta os convida. ¡Cristo resurge, hace la luz del caos y tiene la corona de la Vida!



EL REGALO Ray Bradbury

Mañana sería Navidad, y aún mientras viajaban los tres hacia el campo de cohetes, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo por el espacio del niño, su primer viaje en cohete, y deseaban que todo estuviese bien. Cuando en el despacho de la aduana los obligaron a dejar el regalo, que excedía el peso límite en no más de unos pocos kilos, y el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban la fiesta y el cariño.

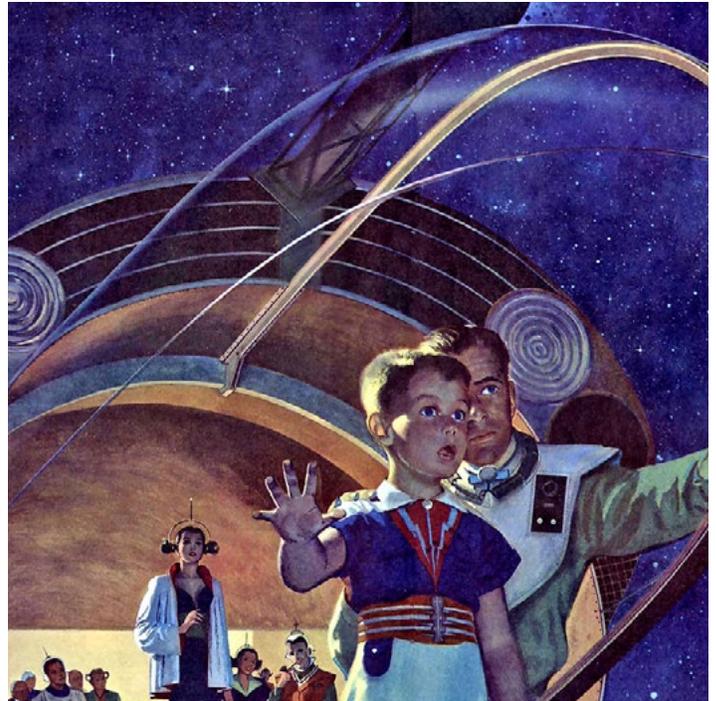
El niño los esperaba en el cuarto terminal. Los padres fueron allá, murmurando luego de la discusión inútil con los oficiales interplanetarios.

-¿Qué haremos? -Nada, nada. ¿Qué podemos hacer?
-¡Qué reglamentos absurdos! -¡Y tanto que deseaba el árbol!

La sirena aulló y la gente se precipitó al cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar, y el niño entre ellos, pálido y silencioso.

-Ya se me ocurrirá algo- dijo el padre. -¿Qué?...- preguntó el niño.

Y el cohete despegó y se lanzaron hacia arriba en el espacio oscuro. El cohete se movió y dejó atrás una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, un 24 de diciembre de 2052, subiendo a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Durmieron durante el resto del primer "día". Cerca de medianoche, hora terráquea, según sus relojes neoyorquinos, el niño despertó y dijo: -Quiero mirar por el ojo de buey. Había un único ojo de buey, una "ventana" bastante amplia, de vidrio tremendamente grueso, en la cubierta superior. -Todavía no- dijo el padre. -Te llevaré más tarde. -Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.



-Quiero que esperes por un motivo- dijo el padre. El padre había estado despierto, volviéndose a un lado y otro, pensando en el regalo abandonado, el problema de la fiesta, el árbol perdido y las velas blancas. Al fin, sentándose, hacía apenas cinco minutos, creyó haber encontrado un plan. Si lograba llevarlo a cabo este viaje sería en verdad feliz y maravilloso.

-Hijo- dijo -, dentro de media hora, exactamente, será Navidad. -¡Oh!- dijo la madre consternada. Había esperado que, de algún modo, el niño olvidara. El rostro del niño se encendió. Le temblaron los labios. -Ya lo sé, ya lo sé. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron... -Sí, sí, todo eso y mucho más- dijo el padre. -Pero...- empezó a decir la madre. -Sí- dijo el padre- Sí, de veras. Todo es o más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo enseguida. Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

-Ya es casi la hora. -¿Puedo tener tu reloj?- preguntó el niño. Le dieron el reloj y el niño sostuvo el metal entre los dedos: un resto del tiempo arrastrado por el fuego, el silencio y el movimiento insensible.

-¡Navidad! ¡Ya es Navidad! ¿Dónde está mi regalo? -A eso vamos- dijo el padre y tomó al niño por el hombro.

Salieron de la cabina, cruzaron el pasillo y subieron por una rampa. La madre los seguía. -No entiendo. -Ya entenderás. Hemos llegado- dijo el padre.

Se detuvieron frente a la puerta cerrada de una cabina. El padre llamó tres veces y luego dos, en código. La puerta se abrió y la luz llegó desde la cabina y se oyó un murmullo de voces. -Entra, hijo- dijo el padre. -Está oscuro. -Te llevaré de la mano. Entra, mamá. Entraron en el cuarto y la puerta se cerró, y el cuarto estaba, en verdad, muy oscuro. Y ante ellos se abría un inmenso ojo de vidrio, ojo de buey, una ventana de un metro y medio de alto y dos metros de ancho, por la que podían ver el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás, el padre y la madre se quedaron también sin aliento, y entonces en la oscuridad del cuarto varias personas se pusieron a cantar.

-Feliz Navidad, hijo- dijo el padre.

Y las voces en el cuarto cantaban los viejos, familiares villancicos; y el niño avanzó lentamente y aplastó la nariz contra el vidrio frío del ojo de buey. Y allí se quedó largo rato, mirando simplemente el espacio, la noche profunda, y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas...



UN EXTRAÑO RELATO DE NAVIDAD Guy de Maupassant

El doctor Bonenfantes forzaba su memoria, murmurando: -¿Un recuerdo de Navidad?... ¿Un recuerdo de Navidad?...

Y, de pronto, exclamó: -Sí, tengo uno, y por cierto muy extraño. Es una historia fantástica, ¡un milagro! Sí, señoras, un milagro de Nochebuena.

“Comprendo que admire oír hablar así a un incrédulo como yo. ¡Y es indudable que presencié un milagro! Lo he visto, lo que se llama verlo, con mis propios ojos.

“¿Que si me sorprendió mucho? No; porque sin profesar creencias religiosas, creo que la fe lo puede todo, que la fe levanta las montañas. Pudiera citar muchos ejemplos, y no lo hago para no indignar a la concurrencia, por no disminuir el efecto de mi extraña historia. “Confesaré, por lo pronto, que si lo que voy a contarles no fue bastante para convertirme, fue suficiente para emocionarme; procuraré narrar el suceso con la mayor sencillez posible, aparentando la credulidad propia de un campesino.

“Entonces era yo médico rural y habitaba en plena Normandía, en un pueblecillo que se llama Rolleville. “Aquel invierno fue terrible. Después de continuas heladas comenzó a nevar a fines de noviembre. Se amontonaban al norte densas nubes, y caían blandamente los copos de nieve tenue y blanca. “En una sola noche se cubrió toda la llanura.

“Las masías, aisladas, parecían dormir en sus corralones cuadrados como en un lecho, entre sábanas de ligera y tenaz espuma, y los árboles gigantescos del fondo, también revestidos, parecían cortinajes blancos.

“Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solamente los cuervos, a bandadas, describían largos festones en el cielo, buscando la subsistencia, sin encontrarla, lanzándose todos a la vez sobre los campos lívidos y picoteando la nieve. “Sólo se oía el roce tenue y vago al caer los copos de nieve.

“Nevó continuamente durante ocho días; luego, de pronto, aclaró. La tierra se cubría con una capa blanca de cinco pies de grueso.

“Y, durante cerca de un mes, el cielo estuvo, de día, claro como un cristal azul y, por la noche, tan estrellado como si lo cubriera una escarcha luminosa. Helaba de tal modo que la sábana de nieve, compacta y fría, parecía un espejo.

“La llanura, los cercados, las hileras de olmos, todo parecía muerto de frío. Ni hombres ni animales asomaban; solamente las chimeneas de las chozas en camisa daban indicios de la vida interior, oculta, con las delgadas columnas de humo que se remontaban en el aire glacial.

“De cuando en cuando se oían crujir los árboles, como si el hielo hiciera más



quebradizas las ramas, y a veces se desgajan una, cayendo como un brazo cortado a cercén.

“Las viviendas campesinas parecían mucho más alejadas unas de otras. Vivíanse malamente; cada uno en su encierro. Sólo yo salía para visitar a mis pacientes más próximos, y expuesto a morir enterrado en la nieve de una hondonada.

“Comprendí al punto que un pánico terrible se cernía sobre la comarca. Semejante azote parecía sobrenatural. Algunos creyeron oír de noche silbidos agudos, voces pasajeras. Aquellas voces y aquellos silbidos los daban, sin duda, las aves migratorias que viajaban al anochecer y que huían sin cesar hacia el sur. Pero es imposible que razonen gentes desesperadas. El espanto invadía las conciencias y se aguardaban sucesos extraordinarios.

“La fragua de Vatinel hallábase a un extremo del caserío de Epívent, junto a la carretera

intransitada y desaparecida. Como carecían de pan, el herrero decidió ir a buscarlo. Se entretuvo algunas horas hablando con los vecinos de las seis casas que formaban el núcleo principal del caserío; recogió el pan, varias noticias, algo del temor esparcido por la comarca, y se puso en camino antes de que anocheciera. “De pronto, bordeando un seto, creyó ver un huevo sobre la nieve, un huevo muy blanco; se inclinó para cerciorarse; no cabía duda; era un huevo. ¿Cómo se hallaba en tan apartado lugar? ¿Qué gallina salió de su corral para ponerlo allí? El herrero, absorto, no se lo explicaba, pero cogió el huevo para llevárselo a su mujer.

“Toma este huevo que encontré en el camino. “La mujer bajó la cabeza, recelosa: “¿Un huevo en el camino con el tiempo que hace? ¿No te has emborrachado? “No, mujer, no; te aseguro que no he bebido. Y el huevo estaba junto a un seto, caliente aún. Ahí lo tienes; me lo metí en el pecho para que no se enfriase. Cómetelo esta noche. “Lo echaron en la cazuela donde se hacía la sopa, y el herrero comenzó a referir lo que se decía en la comarca.

“La mujer escuchaba, palideciendo. “Es cierto; yo también oí silbidos la pasada noche, y entraban por la chimenea. “Se sentaron y tomaron la sopa; luego, mientras el marido untaba un pedazo de pan con manteca, la mujer cogió el huevo, examinándolo con desconfianza. “¿Y si tuviese algún maleficio? “¿Qué maleficio puede tener? “¡Toma! ¡Si yo supiera! “¿Vaya! Cómetelo y no digas bestialidades.

“La mujer abrió el huevo; era como todos, y se dispuso a tomárselo con prevención, cogiéndolo, dejándolo, volviendo a cogerlo. El hombre decía: “¿Qué haces? ¿No te gusta? ¿No es bueno?



“Ella, sin responder, acabó de tragárselo. Y de pronto fijó en su marido los ojos, feroces, inquietos, levantó los brazos y, convulsa de pies a cabeza, cayó al suelo, retorciéndose, dando gritos horribles. “Toda la noche tuvo convulsiones violentas y un temblor espantoso la sacudía, la transformaba. El herrero, falto de fuerza para contenerla, tuvo que atarla.

“Y la mujer, sin reposo, vociferaba: “¿Se me ha metido en el cuerpo! ¿Se me ha metido en el cuerpo!

“Por la mañana me avisaron. Apliqué todos los calmantes conocidos; ninguno me dio resultado. Estaba loca.

“Y, con una increíble rapidez, a pesar del obstáculo que ofrecían a las comunicaciones las altas nieves



encima de su cabeza la sagrada forma, la presentó con toda solemnidad a la vista de la endemoniada.

“La mujer seguía vociferando y aullando, con los ojos fijos en aquel objeto brillante; y el cura estaba inquieto, inmóvil, hasta el punto de parecer una estatua.

“La mujer mostrábase temerosa, fascinada, contemplando fijamente la custodia; presa de terribles angustias, vociferaba todavía; pero sus voces eran menos desgarradoras. “Aquello duró bastante.

“Hubiérase dicho que su voluntad era impotente para separar la vista de la hostia; gemía, sollozaba; su cuerpo, abatido, perdía la rigidez, recobraba su blandura.

“Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían comulgado pidiendo a Dios que los perdonase. Un silencio profundo invadía la iglesia, mientras el cura terminaba el misterio divino.

“La muchedumbre se había prosternado con la frente en el suelo; y la endemoniada, parpadeando, como si no pudiera resistir la presencia de Dios ni sustraerse a contemplarlo, callaba. Luego advertí que se habían cerrado sus ojos definitivamente.

“Obedeciéndome, los cuatro mozos abrieron la puerta y se acercaron a la endemoniada. “Cuando ella vio a los fieles de rodillas, las luces y el tabernáculo resplandeciente, hizo esfuerzos tan vigorosos para soltarse que a duras penas conseguimos retenerla; sus agudos clamores trocaron de pronto en dolorosa inquietud la tranquilidad y el recogimiento de la muchedumbre; algunos huyeron.

“Dormía el sueño del sonámbulo, hipnotizada..., ¡no, no!, vencida por la contemplación de las fulgurantes irradiaciones de la custodia de oro; humillada por Cristo Nuestro Señor triunfante.

“Crispada, retorcida, con las facciones descompuestas y los ojos encendidos, apenas parecía una mujer. “La llevaron a las gradas del presbiterio, sosteniéndola fuertemente, agazapada.

“Se la llevaron, inerte, y el cura volvió al altar. “La muchedumbre, desconcertada, entonó un tedeum.

“Y la mujer del herrero durmió cuarenta y ocho horas seguidas. Al despertar, no conservaba ni la más insignificante memoria de la posesión ni del exorcismo.

“Cuando el cura la vio allí, sujeta, se acercó cogiendo la custodia, entre cuyas irradiaciones de oro aparecía una hostia blanca, y alzando por

“Ahí tienen, señoras, el milagro que yo presencié. Hubo un corto silencio y, luego, añadió: -No pude negarme a dar mi testimonio por escrito.

UN ÁRBOL DE NOEL Y UNA BODA. Fiodor Dostoyevski. Hace un par de día asistí yo a una boda... pero no... Antes de contarles algo relativo a una fiesta de navidad. Una boda es, ya de por sí, cosa linda, y aquella de marras me gustó mucho... Pero el otro acontecimiento me impresionó más todavía. Al asistir a aquella boda, hube de acordarme de la fiesta de Navidad. Pero voy a contarles lo que allí sucedió.

Hará unos cinco años, cierto día entre Navidad y Año Nuevo, recibí una invitación para un baile infantil que había de celebrarse en casa de una respetable familia amiga mía. El dueño de la casa era un personaje influyente que estaba muy bien relacionado; tenía un gran círculo de amistades, desempeñaba un gran papel en sociedad y solía urdir todos los enredos posibles; de suerte que podía suponerse, desde luego, que aquel baile de niños sólo era un pretexto para que las personas mayores, especialmente los señores papás, pudieran reunirse de un modo completamente inocente en mayor número que de costumbre y aprovechar aquella ocasión para hablar, como casualmente, de toda clase de acontecimientos y cosas notables.

Pero como a mí las referidas cosas y acontecimientos no me interesaban lo más mínimo, y como entre los presentes apenas si tenía algún conocido, me pasé toda la velada entre la gente, sin que nadie me molestara, abandonado por completo a mí mismo.

Otro tanto hubo de sucederle a otro caballero, que, según me pareció, no se distinguía ni por su posición social, ni por su apellido, y, a semejanza mía, sólo por pura casualidad se encontraba en aquel baile infantil... Inmediatamente hubo de llamarme la atención. Su aspecto exterior impresionaba bien: era de gran estatura, delgado, sumamente serio e iba muy bien vestido. Se



advertía de inmediato que no era amigo de distracciones ni de pláticas frívolas. Al instalarse en un rinconcito tranquilo, su semblante, cuyas negras cejas se fruncieron, asumió una expresión dura, casi sombría. Saltaba a la vista que, quitando al dueño de la casa, no conocía a ninguno de los presentes. Y tampoco era difícil adivinar que aquella fiestecita lo aburría hasta la náusea, aunque, a pesar de ello, mostró hasta el final el aspecto de un hombre feliz que pasa agradablemente el tiempo. Después supe que procedía de la provincia y sólo por una temporada había venido a Petersburgo, donde debía de fallarse al día siguiente un pleito, enrevesado, del que dependía todo su porvenir. Se le había presentado con una carta de recomendación a nuestro amigo el dueño de la casa, por lo que aquél cortésmente lo había invitado a la velada: pero, según parecía, no contaba lo más mínimo con que el dueño de la casa se tomase por él la más ligera

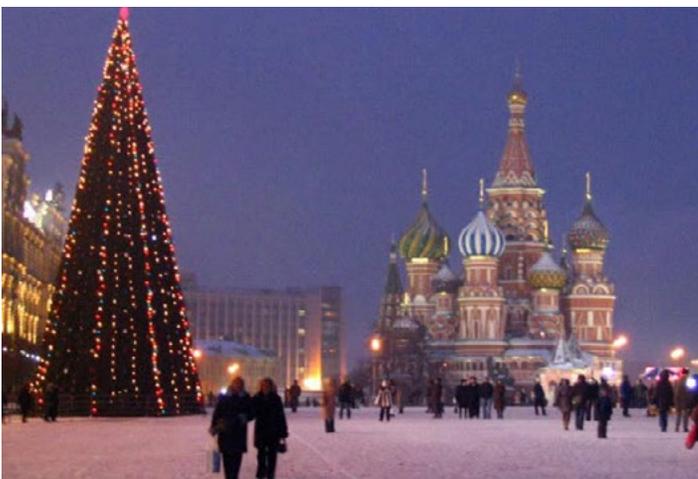
molestia. Y como allí no se jugaba a las cartas y nadie le ofrecía un cigarro ni se dignaba dirigirle la palabra -probablemente conocía ya el pájaro por su plumaje, se vio obligado nuestro hombre, para dar algún entretenimiento a sus manos, a estar toda la noche, mesándose las patillas. Tenía, verdaderamente unas patillas, muy hermosas, pero, así y todo, se las acariciaba demasiado, dando a entender que primero habían sido creadas aquellas patillas, y luego le habían añadido el hombre, con el solo objeto de que les prodigase sus caricias.

Además de aquel caballero que no se preocupaba lo más mínimo por aquella fiesta de los cinco chicos pequeñines y regordetes del anfitrión, hubo de chocarme también otro individuo. Pero éste mostraba un porte totalmente distinto: ¡era todo un personaje!

Se llamaba Yulián Mastakóvich. A la primera mirada se comprendía que era un huésped de honor y se hallaba, respecto al dueño de la casa, en la misma relación, aproximadamente, en que respecto a éste se encontraba el forastero desconocido. El dueño de la casa y su señora se desvivían por decirle palabras lisonjeras, le hacían lo que se dice la corte, lo presentaban a todos sus invitados, pero sin presentárselo a ninguno. Según pude observar, el dueño de la casa mostró

en sus ojos el brillo de una lagrimita de emoción cuando Yulián Mastakóvich, elogiando la fiesta, le aseguró que rara vez había pasado un rato tan agradable. Yo, por lo general, suelo sentir un malestar extraño en presencia de hombres tan importantes; así que, luego de recrear suficientemente mis ojos en la contemplación de los niños, me retiré a un pequeño boudoir, en el que, por casualidad, no había nadie, y allí me instalé en el florido parterre de la dueña de la casa, que cogía casi todo el aposento.

Los niños eran todos increíblemente simpáticos e ingenuos y verdaderamente infantiles, y en modo alguno pretendían dárselas de mayores, pese a todas las exhortaciones de ayas y madres. Habían literalmente saqueado todo el árbol de Navidad hasta la última rama, y también tuvieron tiempo de romper la mitad de los juguetes, aun antes de haber puesto en claro para quién estaba destinado cada uno. Un chiquillo de aquellos de negros ojos y rizos negros, hubo de llamarme la atención de un modo particular: estaba empeñado en dispararme un tiro, pues le había tocado una pistola de madera. Pero la que más llamaba la atención de los huéspedes era su hermanita. Tendría ésta unos once años, era delicada y pálida, con unos ojazos grandes y pensativos. Los demás niños debían de haberla ofendido por algún concepto, pues se vino al cuarto donde yo me encontraba, se sentó en un rincón y se puso a jugar con su muñeca. Los convidados se señalaban unos a otros con mucho respeto a un opulento comerciante, el padre de la niña, y no faltó quién en voz baja hiciese observar que ya tenía apartados para la dote de la pequeña sus buenos trescientos mil rublos en dinero contante y sonante. Yo, involuntariamente, dirigí la vista hacia el grupo que tan interesante conversación sostenía, y mi mirada fue a dar en Yulián Mastakóvich, que, con las manos cruzadas a la espalda y un poco ladeada la cabeza, parecía escuchar muy atentamente el insulso diálogo.



Al mismo tiempo hube de admirar no poco la sabiduría del dueño de la casa, que había sabido acreditarla en la distribución de los regalos. A la muchacha que poseía ya trescientos rublos le había correspondido la muñeca más bonita y más cara. Y el valor de los demás regalos iba bajando gradualmente, según la categoría de los respectivos padres de los chicos. Al último niño, un chiquillo de unos diez años, delgadito, pelirrojo y con pecas, sólo le tocó un libro que contenía historias instructivas y trataba de la grandeza del mundo natural, de las lágrimas de la emoción y demás cosas por el estilo: un árido libracó, sin una estampa ni un adorno.

Era el hijo de una pobre viuda, que les daba clase a los niños del anfitrión, y a la que llamaban, por abreviar, él aya. Era el tal chico un niño tímido,



pusilánime. Vestía una blusilla rusa de nanquín barato. Después de recoger su libro, anduvo largo rato huroneando en torno a los juguetes de los demás niños; se le notaban unas ganas terribles de jugar con ellos; pero no se atrevía; era claro que ya comprendía muy bien su posición social. Yo contemplaba complacido los juguetes de los niños. Me resultaba de un interés extraordinario la independencia con que se manifestaban en la vida.

Me chocaba que aquel pobre chico de que hablé se sintiera tan atraído por los valiosos juguetes de los otros nenes, sobre todo por un teatrillo de marionetas en el que seguramente habría deseado desempeñar algún papel, hasta el extremo de decidirse a una lisonja. Se sonrió y trató de hacerse simpático a los demás: le dio su manzana a una nena mofletuda, que ya tenía todo un bolso de golosinas, y llegó hasta el punto de decidirse a llevar a uno de los chicos a cuestas, todo con tal de que no lo excluyesen del teatro. Pero en el mismo instante surgió un adulto, que en cierto modo hacía allí de inspector, y lo echó a empujones y codazos. El chico no se atrevió a llorar. En seguida apareció también él aya, su madre, y le dijo que no molestase a los demás. Entonces se vino el chico al cuarto donde estaba la nena. Ella lo recibió con cariño, y ambos se pusieron, con mucha aplicación, a vestir a la muñeca.

Yo llevaba ya sentado media horita en el parterre, y casi me había adormilado, arrullado inconscientemente por el parloteo infantil del chico pelirrojo y la futura belleza con dote de trescientos mil rublos, cuando de repente hizo irrupción en la estancia Yulián Mastakóvich. Aprovechó la ocasión de haberse suscitado una gran disputa entre los niños del salón para desaparecer de allí sin ser notado. Hacía unos minutos nada más lo había visto yo al lado del opulento comerciante, padre de la pequeña, en vivo coloquio, y, por alguna que otra palabra



suelta que cogiera al vuelo, adiviné que estaba ensalzando las ventajas de un empleo con relación a otro. Ahora estaba pensativo, en pie, junto al parterre, sin verme a mí, y parecía meditar algo.

“Trescientos..., trescientos... -murmuraba-. Once.... doce..., trece..., dieciséis... ¡Cinco años! Supongamos al cuatro por ciento... Doce por cinco... Sesenta. Bueno; pongamos, en total, al cabo de cinco años... Cuatrocientos. Eso es... Pero él no se ha de contentar con el cuatro por ciento, el muy perro. Lo menos querrá un ocho y hasta un diez. ¡Bah! Pongamos... quinientos mil... ¡uhm! Medio millón de rublos. Esto es ya mejor... Bueno...; y luego, encima, los impuestos... ¡Uhm!”

Su resolución era firme. Se escombró, y se disponía ya a salir de la habitación, cuando, de pronto, hubo de reparar en la pequeña. Que estaba con su muñeca en un rincón, junto al niño pobre, y se quedó parado. A mí no me vio, escondido, como estaba, detrás del denso follaje. Según me pareció, estaba muy excitado. Difícil sería, no obstante, precisar si su emoción era debida a la cuenta que acababa

de echar o a alguna otra causa, pues se frotó sonriendo las manos, y parecía como si no pudiese estarse quieto. Su excitación fue creciendo hasta un extremo incomprensible al dirigir, una segunda y resuelta mirada a la rica heredera. Quiso avanzar un paso; pero volvió a detenerse y miró con mucho cuidado el entorno suyo. Luego se aproximó de puntillas como consciente de una culpa, lentamente y sin hacer ruido a la pequeña. Como ésta se hallaba detrás del chico, se inclinó el hombre y le dio un beso en su cabecita. La pequeña lanzó un grito, asustada, pues no había advertido hasta entonces su presencia.

-¿Qué haces aquí, hija mía? -le preguntó por lo bajo, miró en torno suyo y le dio luego una palmadita en las mejillas. -Estamos jugando... -¡Ah! ¿Con éste? -y Yulián Mastakóvich lanzó una mirada al pequeño-. Mira, niño: mejor estarías en la sala -le dijo. El chico no replicó, y se le quedó mirando fijo. Yulián Mastakóvich volvió a echar una rápida ojeada en torno suyo, y de nuevo se inclinó hacia la pequeña.

¿Qué es esto, niña? ¿Una muñeca? -le preguntó. -Sí, una muñequita... -repuso la nena algo forzada, y frunció levemente el ceño. -Una muñeca... Pero ¿sabes tú, hija mía, de qué se hacen las muñecas? -No... -respondió la niña en un murmullo, y volvió a bajar la cabeza.

-Bueno; pues mira: las hacen de trapos viejos, corazón. Pero tú estarías mejor en la sala, con los demás niños -y Yulián Mastakóvich, al decir esto, dirigió una severa mirada al pequeño. Pero éste y la niña fruncieron la frente y se apretaron más el uno contra el otro. Por lo visto, no querían separarse. -¿Y sabes tú también para qué te han regalado esta muñeca? -tornó a preguntar Yulián Mastakóvich, que cada vez ponía en su voz más mimo. -No. -Pues para que seas buena y cariñosa.

Al decir esto, tornó Yulián Mastakóvich a mirar hacia la puerta, y luego le preguntó a la niña con voz apenas perceptible, trémula de emoción e impaciencia: -Pero ¿me querrás tú también a mí si les hago una visita a tus padres? Al hablar así, intentó Yulián Mastakóvich darle otro beso a la pequeña; pero al ver el niño que su amiguita ya estaba a punto de romper el llanto, se apretujó contra su cuerpecito, lleno de súbita congoja y por pura compasión y cariño rompió a llorar alto con ella. Yulián Mastakóvich se puso furioso. -¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí! -le dijo con muy mal genio al chico-. ¡Vete a la sala! ¡Anda a reunirte con los demás niños! -¡No, no, no! ¡No quiero que se vaya! ¿Por qué tiene que irse? ¡Usted es quien debe irse! -clamó la nena-. ¡Él se quedará aquí! ¡Déjele usted estar! -añadió casi llorando.

En aquel instante sonaron voces altas junto a la puerta y Yulián Mastakóvich irguió el busto imponente. Pero el niño se asustó todavía más que Yulián Mastakóvich; soltó a la amiguita y se escurrió, sin ser visto, a lo largo de las paredes, en el comedor. También al comedor se trasladó Yulián Mastakóvich, cual si nada hubiera pasado. Tenía el rostro como la grana, y como al pasar ante un espejo se mirase en él, pareció asombrarse él mismo de su aspecto.

Quizá lo contrariase haberse excitado tanto y hablado de manera tan destemplada. Por lo visto, sus cálculos lo habían absorbido y entusiasmado de tal modo, que a pesar de toda su dignidad y astucia, procedió como un verdadero chiquillo, y en seguida, sin pararse a reflexionar, empezaba a atacar su objetivo. Yo lo seguí al otro cuarto..., y en verdad que fue un raro espectáculo el que allí presencié. Pues vi nada menos que a Yulián Mastakóvich, el digno y respetable Yulián Mastakóvich, hostigar



al pequeño, que cada vez retrocedía más ante él y, de puro asustado, no sabía ya dónde meterse.

-¡Vamos, largo de aquí! ¿Qué haces aquí, holgazán? ¡Anda, vete! Has venido aquí a robar fruta, ¿verdad? Habrás robado alguna, ¿eh? ¡Pues lárgate en seguidita, que ya verás, si no, cómo te arreglo yo a ti!

El muchacho, azorado, se resolvió, finalmente, a adoptar un medio desesperado de salvación: se metió debajo de la mesa. Pero al ver aquello se puso todavía más furioso su perseguidor. Lleno de ira, tiró del largo mantel de batista que cubría

la mesa, con objeto de sacar de allí al chico. Pero éste se estuvo quietecito, muertecito de miedo, y no se movió. Debo hacer notar que Yulián Mastakóvich era algo corpulento. Era lo que se dice un tipo gordo, con los mofletes colorados, una ligera tripa, rechoncho y con las pantorrillas gordas...; en una palabra: un tipo forzado, que todo lo tenía redondito como la nuez. Gotas de sudor le corrían ya por la frente; respiraba jadeando y casi con estertor. La sangre, de estar agachado, se le subía, roja y caliente, a la cabeza.

Estaba rabioso, de puro grande que eran su enojo o, ¿quién sabe?, sus celos. Yo me eché a reír alto. Yulián Mastakóvich se volvió como un relámpago hacia mí, y, no obstante su alta posición social, su influencia y sus años, se quedó enteramente confuso. En aquel instante entró por la puerta frontera el dueño de la casa. El chico se salió de debajo de la mesa y se sacudió el polvo de las rodillas y de los codos. Yulián Mastakóvich recobró la serenidad, se llevó rápidamente el mantel, que aún tenía cogido de un pico, a la nariz, y se sonó.

El dueño de la casa nos miró sorprendido; pero, a fuer de hombre listo que toma la vida en serio, supo aprovechar la ocasión de poder hablar a solas con su huésped.

-¡Ah! Mire usted: éste es el muchacho en cuyo favor tuve la honra de interesarle... Empezó, señalando al pequeño.
-¡Ah! -replicó Yulián Mastakóvich, que seguía sin ponerse a la altura de la situación.
-Es el hijo de la casa de mis hijos -continuó explicativo el dueño de la casa, y en tono comprometedor-, una pobre mujer. Es viuda de un honorable funcionario. ¿No habría medio, Yulián Mastakóvich...?
-¡Ah! Lo había olvidado. ¡No, no! -lo interrumpió éste presuroso-. No me lo tome usted a mal, mi querido Filipp Aleksiéyevich; pero es de todo punto imposible. Me he informado

bien; no hay, actualmente, ninguna vacante, y aun cuando la hubiese, siempre tendría éste por delante diez candidatos con mayor derecho... Lo siento mucho, créame; pero...

-¡Lástima! -dijo pensativo el dueño de la casa-. Es un chico muy juicioso y modesto...
-Pues a mí, por lo que he podido ver, me parece un tunante -observó Yulián Mastakóvich con forzada sonrisa-. ¡Anda! ¿Qué haces aquí? ¡Vete con tus compañeros!
-le dijo al muchacho, encarándose con él. Luego no pudo, por lo visto, resistir la tentación de lanzarme a mí también una mirada terrible. Pero yo, lejos de intimidarme, me reí claramente en su cara.



Yulián Mastakóvich la volvió inmediatamente a otro lado y le preguntó de un modo muy perceptible al dueño de la casa quién era aquel joven tan raro. Ambos se pusieron a cuchichear y salieron del aposento. Yo pude ver aún, por el resquicio de la puerta, cómo Yulián Mastakóvich, que escuchaba con mucha atención al dueño de la casa, movía la cabeza admirado y receloso.

Después de haberme reído lo bastante, yo también me trasladé al salón. Allí estaba ahora el personaje influyente, rodeado de padres y madres de familia y de los dueños de la casa, y hablaba en tono muy animado con una señora que acababan de presentarle. La señora tenía cogida de la mano a la pequeña que Yulián Mastakóvich besara hacía diez minutos. Ponderaba el hombre con la niña poniéndola en el séptimo cielo; ensalzaba su hermosura, su gracia, su buena educación y la madre lo oía casi con lágrimas en los ojos. Los labios del padre sonreían.

El dueño de la casa participaba con visible complacencia en el júbilo general. Los demás invitados también daban muestras grata emoción, inclusive habían interrumpido el juego de los niños para que éstos no molestasen con su algarabía. Todo el aire estaba lleno de exaltación.

Luego pude oír yo cómo la madre de la niña, profundamente conmovida, con rebuscadas frases de cortesía, rogaba a Yulián Mastakóvich que le hiciese el honor especial de visitar su casa, y pude oír también cómo Yulián Mastakóvich, sinceramente encantado, prometía corresponder sin falta a la amable invitación, y cómo los circunstantes, al dispersarse por todos lados, según lo pedía el uso social, se deshacían en conmovidos elogios, poniendo por las nubes al comerciante, su mujer y su nena, pero sobre todo a Yulián Mastakóvich.

-¿Es casado ese señor? -pregunté yo alto a un amigo mío, que estaba al lado de Yulián Mastakóvich. Yulián Mastakóvich me lanzó una mirada colérica, que reflejaba exactamente sus sentimientos. -No -me respondió mi amigo, visiblemente contrariado por mi intempestiva pregunta, que yo, con toda intención, le hiciera en voz alta.

Hace un par de días hube de pasar por delante de la iglesia. La muchedumbre que se apiñaba en el balcón, y sus ricos atavíos, hubieron de llamarme la atención. La gente hablaba de una boda. Era un nublado día de otoño, y empezaba a helar. Yo entré en la iglesia, confundido entre el gentío, y miré a ver quién fuese el novio. Era un tío bajo y rechoncho, con tripa y muchas condecoraciones





en el pecho. Andaba muy ocupado, de acá para allá, dando órdenes, y parecía muy excitado.

Por último, se produjo en la puerta un gran revuelo; acababa de llegar la novia. Yo me abrí paso entre la multitud y pude ver una beldad maravillosa, para la que apenas despuntara aún la primera primavera. Pero estaba pálida y triste. Sus ojos miraban distraídos.

Hasta me pareció que las lágrimas vertidas habían ribeteado aquellos ojos. La severa hermosura de sus facciones prestaba a toda su figura cierta dignidad y solemnidad altivas. Y, no obstante, a través de esa seriedad y dignidad y de esa melancolía, resplandecía el alma inocente, inmaculada, de la infancia, y se

delataba en ella algo indeciblemente inexperto, inconsciente, infantil, que, según parecía, sin decir palabra, tácitamente, imploraba piedad.

Se decía entre la gente que la novia apenas si tendría dieciséis años. Yo miré con más atención al novio, y de pronto reconocí al propio Yulián Mastakóvich, al que hacía cinco años que no volviera a ver. Y también a la novia. ¡Santo Dios! Me abrí paso entre el gentío en dirección a la salida, con el deseo de verme en cuanto antes lejos de allí.

Entre la gente se decía que la novia era rica en dinero contante y sonante y que poseía medio millón de rublos, más una renta por valor de tanto y cuanto... “¡ Salió bien la cuenta, pensé yo, y me salí a la calle!”



CUENTOS CON PILÓN



LA ENCINA Y LA CAÑA

Dijo la Encina a la Caña:

- ¡Cuánta razón tienes para quejarte de la naturaleza!. Un pajarillo es para ti un enorme peso; la brisa más ligera, que riza la superficie del agua, te hace inclinar la cabeza. Por el contrario, mi copa no sólo detiene los rayos del sol; sino que también desafía a la tempestad. Para ti, todo es vendaval ; para mí, brisa suave. Si nacieses, a lo menos, al abrigo de mi follaje, no padecerías tanto: yo te defendería de la borrasca. Pero casi siempre brotas en las húmedas orillas del reino de los vientos. ¡Injusta ha sido contigo la naturaleza!

- Tu compasión, respondió la Caña, prueba tu buena naturaleza; pero no te apures. Los vientos no son tan terribles para mí como para ti. Me inclino y me doblo, pero no me quiebro. Hasta el presente has podido resistir las mayores ráfagas sin inclinar el espinazo; pero nadie es dichoso hasta el final.

Apenas dijo estas palabras, de los confines del horizonte acude furibundo el más terrible huracán. El árbol resiste, la caña se inclina; el viento redobla sus esfuerzos, y tanto sopla y sopla, que al fin arranca de cuajo a la Encina.

Ante la adversidad y los problemas, el soberbio cae y el humilde resiste.

Jean de la Fontaine





TU HOGAR EN LA SELVA



Topche.mx

info@topche.mx

(52)916 101 6959

Lacanja Chansayab, Chiapas, México





H. AYUNTAMIENTO 2021-2024

PALENQUE

COMPROMISO DE TODOS



JORGE CABRERA HACE ENTREGA DE OBRAS DE RELEVANCIA QUE BENEFICIAN A LOS HABITANTES DE PALENQUE

Jorge Cabrera Aguilar, presidente municipal de Palenque, en compañía del diputado Local del IX Distrito, Carlos Morelos Rodríguez, entregó un puente de 34 metros en su primera y segunda etapa en la ranchería Santa Isabel. Los trabajos fueron realizados por la Dirección de Obras Públicas del municipio, y consistieron en la construcción de un puente vehicular de 34 metros, conformado por una subestructura a base de estribos y aleros en mampostería, con un ancho de 8 metros, que cuenta con parapetos y barandal de acero. Además, se construyó un sistema de muros de malla gavión para el soporte del aproche el cual permite el ascenso y descenso del puente. Esta obra beneficiará a productores y comunidades tanto del municipio de Palenque como de Salto de Agua. Este puente es la respuesta a todas las comunidades que esperaron por mucho tiempo este beneficio para poder desplazarse de manera segura. así mismo los invitó a seguir trabajando unidos en beneficio de la sociedad en general. El monto de la inversión total fue de 12 millones 403 mil 635 pesos con 82 centavos. El presidente municipal resaltó que con esta obra salen

beneficiadas muchas familias ya que contarán con mejores accesos. Aseguró que se seguirá trabajando con mucha voluntad y convicción para mejorar la calidad de vida de las familias palencanas. El munícipe enfatizó que “las obras que generan bienestar en Palenque no se detienen”. También en el rubro de obras, el edil Cabrera Aguilar hizo entrega, en el Barrio Linda Vista de la colonia Pakal-Ná, entrega de un domo en el Jardín de niños Pakal-Ná; esta obra fue prioritaria para contribuir a un mejor desarrollo en sus actividades escolares. Acompañaron a Jorge Cabrera el personal docente y padres de familia, a ellos les dijo que con esta obra: “Seguimos fortaleciendo al desarrollo, recreación y aprendizaje de nuestras niñas y niños”. En otros eventos, el presidente palencano se reunió con miembros de la Cámara Nacional de la Industria de Restaurantes y Alimentos Condimentados (CANIRAC) del municipio para trabajar de manera conjunta en una agenda de actividades entre el sector empresarial y el Ayuntamiento. Lo anterior permitirá seguir dándole realce a la grandeza cultural y gastronómica de Palenque.



H. AYUNTAMIENTO 2021-2024

PALENQUE

COMPROMISO DE TODOS



EL AYUNTAMIENTO DE PALENQUE, FESTEJÓ EL CXIII ANIVERSARIO DEL INICIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Para fomentar los valores cívicos entre la población el Ayuntamiento de Palenque, a través de la Coordinación de Cultura y Educación, llevó a cabo el Desfile conmemorativo al CXIII aniversario del inicio de la Revolución Mexicana. El presidente municipal, Jorge Cabrera Aguilar, acompañado de su esposa Nayeli Hernández Morales, así como de autoridades municipales y militares, presidió el Desfile Cívico Deportivo, desde el balcón de Palacio Municipal. Se contó con la participación de 34 instituciones educativas del nivel; Primaria, Secundaria, Preparatoria y Universidad tanto públicas como privadas, así como contingentes de Seguridad Pública Municipal y Guardia Nacional. Las adelitas, los soldados revolucionarios, los coloridos trajes típicos y la música de la época mezclada con ritmos modernos invadieron las calles y avenidas del municipio alusivos al movimiento armado de 1910, ejecutados por instituciones educativas, dependencias gubernamentales. Los contingentes participantes realizaron el recorrido desde la calle Javier Mina, las Avenidas Miguel Hidalgo y Juárez hasta terminar en el Parque Central.

